

LA META DE LO META:  
INTERDISCIPLINARIEDAD,  
TEORÍA CIENTÍFICA  
Y LITERATURA COMPARADA

GONZÁLEZ DE ÁVILA, Manuel. *Cultura y Razón. Antropología de la literatura y de la imagen*. Barcelona: Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana, 2010.

1

La escasez de indagaciones auténtica y no solo aparentemente teóricas en el panorama académico hispánico, en el que no es raro encontrarse con sujetos adscritos al campo de la teoría literaria cuyas investigaciones discurren sin embargo por los derroteros de la historia o la crítica, hace del libro escrito por Manuel González de Ávila un acontecimiento singular de por sí. Si a ello unimos la naturaleza comparatista e interdisciplinar de esta indagación, el interés del libro para los cultivadores de la literatura comparada es incuestionable. Se trata no solo de una auténtica recuperación del significado y función de la teoría, sino que además está abordada con una amplitud de miras y una ambición intelectual en sus objetivos, con un rigor metodológico y un dominio de sus instrumentos en la ejecución, que la hacen verdaderamente extraordinaria. Así lo anuncia ya el programa delineado en la introducción, donde el autor plantea, en primer lugar, el acercamiento de saberes humanísticos y ciencias sociales para configurar unas ciencias sociohumanas con las que «combatir

la banalidad y los excesos estéticos de una hermenéutica de la cultura infinita y autocomplaciente, sin por ello perder el *sentido del sentido*, la capacidad para discernir y apreciar los valores cognitivos y afectivos, éticos y estéticos» (13). En tal proyecto ocupa un lugar de privilegio la antropología, pues esta, en su doble vertiente filosófica y científica, ha hecho siempre bandera de estudiar la función simbólica en su contexto, lo que permite introducir juntos en los análisis los factores simbólicos y las determinaciones materiales. Este modelo antropológico, convenientemente clarificado por el autor, quien expone su objeto de estudio —el simbolismo o el pensamiento simbólico— así como las pautas y enfoque que orientan tal estudio, es el que van a seguir los diferentes ensayos del libro, cuya vocación, se nos dice, no es solo teórica y autorreflexiva, sino también práctica, ética y políticamente hablando. Tal vocación es común a las ciencias sociohumanas, en el sentido de que habilitan a los hombres para introducir cambios en sus modos de organización, sus normas y valores, y en la urdidumbre simbólica que une a todos, lo que requiere un extremo racionalismo y cientifismo que les impida convertirse en filosofía o ideología. He aquí la segunda propuesta de la introducción: la implicación de los saberes científicos en la gestión ética y política de las comunidades humanas, una superación del cisma entre trabajo científico y responsabilidad política, una ciencia con conciencia. Este doble programa es tan ambicioso que la ejecución ha de ser necesariamente

un tanto decepcionante, como nos avisa el propio autor: «Estos estudios no agotan tal programa ni cumplen todos los requisitos de dicha configuración: son sólo intentos de marcar para el trabajo de investigación un derrotero científica y socialmente plausible» (34). De hecho, la unidad que sugiere la introducción se diluye un tanto al leer los estudios, que hacen pensar en una colección de indagaciones heterogéneas reunidas bajo el paraguas de la vocación sociohumana de su autor más que en un proyecto previamente delineado, o, en otras palabras, no tanto en la antropología de la literatura y de la imagen que reza el subtítulo como en estudios sobre literatura e imagen con un enfoque antropológico. Pero, aun cuando así fuera, los estudios están llenos de iluminaciones y su rigor teórico y metodológico acaba efectivamente dando cuerpo al programa de actuación.

## 2

2.1. El primer bloque de estudios, que lleva por título «Epistemología», se inicia con el texto «Política científica del sujeto», donde se hace un recorrido por diferentes y recientes teorías del yo y la subjetividad, desde las que aniquilaron este concepto hasta su reinstauración y desarrollo *poshumano*, para llegar a la visión de las ciencias o disciplinas cognitivas en la que el autor funda su visión del sujeto epistemológico. En el siguiente, «Metasemiosis: de la epistemología a la ética», hay una fértil exploración del concepto de lo metasemiótico y

sus avatares, de la capacidad de los signos de nombrar no solo a las cosas sino a sí mismos, tanto en el seno de las lenguas naturales como en los metalenguajes científicos, anclada en la reflexividad como cualidad del ser humano de pensarse a sí mismo y desarrollada, tal como se anunciaba en la introducción, en sus implicaciones no sólo epistemológicas sino éticas (debemos asumírnos y comprendernos a nosotros para hacer lo mismo con el otro, que es «la meta universal de lo meta», 78). A continuación se debate «El enfado filosófico con la antropología cultural», a partir de sus opuestas concepciones de la cultura (una la humanista tradicional: restringida, elitista y simbólica; la otra propia de las ciencias sociales: ampliada, no jerárquica y material), e ilustrado en los argumentos y objeciones de la fenomenología contra la antropología cultural, que son rebatidos para proponer una colaboración o síntesis de ambas y llegar a «una idea no culturalista de la cultura» (99). Finalmente, el último estudio del bloque epistemológico examina lo que denomina la semiotización de la historia y el advenimiento de la *pos-historia*, es decir, el asalto teórico pos-estructuralista que la ha convertido en signo, simulacro, representación, relato, ficción en última instancia, de nuevo para rebatir esta visión de manera perfectamente coherente con la dualidad del programa inicial: desde presupuestos epistemológicos, anclando la referencialidad de la historia en los documentos y fuentes que son las huellas del cuerpo físico del sujeto histórico, en los mecanismos

de *veridicción* del discurso histórico sobre los que descansa un contrato refrendado por una serie de instituciones; y desde presupuestos éticos, por lo que la negación de la historia supone de negación de sus víctimas, a las que de alguna forma matamos de nuevo al matar la historia. Estamos ante una de las más brillantes y convincentes refutaciones de algunas tesis del pos-estructuralismo, tras la que late una crítica a la teoría que se desvincula de las prácticas científicas y sociales, presente en toda la obra y resultado en gran medida de sus dos premisas iniciales.

2.2. Podría pensarse que este primer bloque está proponiendo una serie de conceptos básicos desde los que desarrollar la exploración del ámbito literario y visual prometida en el título y renovada en los del segundo y tercer bloque, «Literatura» e «Imagen», respectivamente, donde el lector espera encontrar la aplicación de estas ideas, su plasmación en los textos de una u otra naturaleza. Pero ya el primer ensayo del siguiente bloque, «Teoría científica, teoría literaria», deja claro que no será así y que el teoreticismo es un compromiso inquebrantable –o casi, veremos un par de excepciones– en la obra. En él se discuten las diferencias entre la teoría filosófica y la científica, se definen los límites, capacidades, características y funciones de esta, para terminar constatando la mayor vinculación de la teoría de la literatura con la primera que con la segunda y postulando «el programa de una teoría verdadera y suficientemente científica de la literatura, que la saque de los saberes

humanísticos para emplazarla entre las ciencias sociohumanas» (135). A continuación aparece la primera de las dos excepciones mencionadas, «Antropología de la autobiografía», que es un análisis y teorización del discurso autobiográfico en el que se ponen en práctica estas ideas del estudio previo. El ensayo tiene la virtud de demostrar –y no sólo enunciar, como podría achacarse a buena parte del libro– los límites de una teoría literaria encerrada en lo que el autor denomina *nominalismo* o *textualismo*, que ve en la autobiografía –como en la historia– un entramado de signos construyendo un ego ilusorio y ficticio, y de apuntar cómo superarlos mediante una mirada desde la perspectiva antropológica, que enfatiza la transparencia en vez de la opacidad del signo y ve en ella una alianza entre sujeto de enunciación, lenguaje y mundo. Tras este excepcional análisis de un dominio literario (aunque con la ausencia de ilustración textual característica de todo el libro), este retoma el impulso de definir un campo científico y su programa de trabajo del primer estudio sobre teoría de la literatura en el tercero sobre literatura comparada. En él, tras constatar la reticencia de los comparatistas a definir la disciplina por su método, la comparación, se lanza a hacerlo, estableciendo primero las condiciones necesarias de toda comparación y de la literaria en particular, luego sus tipos (retórica, científica y dialéctica), y acabar deslindando tres áreas de trabajo (historia, hermenéutica y teoría). El bloque literario se cierra con un texto sobre las relaciones entre

«Literatura comparada y antropología cultural», en el que traza una cartografía de sus zonas de confluencia en los cuatro niveles científicos fundamentales, los de sus respectivos objeto, método, teoría y epistemología.

2.3. El último bloque desarrolla en una nueva dirección la preocupación comparatista de estos últimos dos ensayos, pues indaga en la imagen, cuya presencia en diferentes medios, su creciente importancia en el imaginario simbólico y su relación con conceptos tradicionalmente asociados a lo literario (discurso, narrativa, ficción) hacen la discusión atractiva para aquellos interesados en la comparación de las artes. El primer ensayo, «¿Estudios visuales contra semiótica?», incide en el nuevo estatuto de la imagen para cuestionarlo: tras constatar su liberación del logocentrismo que pretendía reducirla a palabras, el giro icónico en virtud del cual la imagen ha sustituido al lenguaje como mediador entre sujeto y realidad, y la emergencia de los estudios visuales que proclaman la inefabilidad y alteridad lingüística de la imagen y se declaran pos-lingüísticos y pos-semióticos, el autor rebate tal proclamación y afirma la comunicabilidad de imágenes y palabras, la pertinencia del análisis semiótico del sentido producido por la visualidad y la validez de las ciencias sociohumanas para su estudio. Despejado el camino, tal estudio se aborda en «Producir discurso con imágenes», distinguiendo tres tipos de imágenes (perceptivas o naturales, mentales y técnicas o artificiales) y dos tipos de iconismo, el primario de las perceptivas y mentales

(cuyo isomorfismo permite postular un territorio común entre el ojo y la mente, y por tanto una unidad de sentido entre lo verbal y lo visual, lo inteligible y lo sensible) y el secundario de la producción técnica de imágenes, que es el que analiza con más detenimiento. Tal análisis desvela cómo la apabullante productividad tecnológica lo ha abierto al campo de la *posvisión* («un espacio de visualidades sorprendentes que no están sometidas a las constricciones del ver humano, y que por tanto ensanchan hasta lo infinito el horizonte de lo visible», 238) y apunta las peligrosas implicaciones ideológicas de este ojo tecnológico que no se conforma con satisfacer la visión sino que gestiona el imaginario. Precisamente a estas implicaciones éticas o simplemente vitales, a los efectos de la imagen sobre la vida intelectual y afectiva de los individuos que las producen y consumen, se dedica el siguiente ensayo, «La aculturación de la imagen», que explora sus funciones en los espacios culturales pos- y transmodernos siguiendo las seis funciones clásicas del signo y mostrando cómo son distorsionadas al transferirlas a la iconosfera, una distorsión de la que no es culpable la imagen en sí sino el modelo socioeconómico que la utiliza. El bloque concluye con un estudio que enlaza tanto con el anterior (la función reflexiva de la imagen) como con uno de los primeros (la metasemiosis), aunque las conexiones no se explicitan (una prueba de esa unidad a posteriori que comentamos al inicio), pues se ocupa de la imagen autorreferencial, «Imagen

sobre imagen», realizando un necesariamente sucinto pero informado y sabio recorrido por esta modalidad reflexiva en pintura, fotografía, cine y videoarte. Este termina argumentando la necesaria colaboración de la palabra para descifrar o dar voz a la metaiconicidad de la imagen, que no puede cumplirse solo en lo sensible y necesita de lo inteligible, volviendo así a incidir en la relación necesaria entre imagen y lengua natural con la que arrancaba el bloque visual.

## 3

Si difícil es condensar adecuadamente en el corto espacio que ofrece una reseña los contenidos de este libro a causa de su diversidad temática y su densidad conceptual, aún lo es más ofrecer una evaluación ponderada de los mismos, tanto por tales limitaciones como por las del reseñista, que difícilmente poseerá el conocimiento de tan amplio espectro disciplinar y de tan exhaustivo campo de fuentes bibliográficas como los que domina el autor. Por ello nos limitaremos a hacer una cala en el ensayo que posiblemente tiene más interés para los potenciales lectores de una revista de literatura comparada y que es perfectamente representativo de las cualidades del libro. El título del mismo —¿Es comparativa la literatura comparada?— no puede ser más revelador de su voluntad de abordar la esencia misma de la disciplina característica de todo el libro, un asunto que, pese a su importancia, raras veces es objeto de discusión. Pocos comparatistas hemos reflexionado en

profundidad sobre la naturaleza de la literatura comparada, atrincherados en nuestra práctica para esquivar la cuestión de qué es lo que hace *comparativa* nuestra investigación. Las reflexiones más conocidas, como el autor diagnostica con acierto reduciéndolas básicamente a tres, se centran en el objeto de estudio, dejando de lado el método, la comparación, pues es común a otras disciplinas, prácticamente la totalidad de las ciencias sociohumanas. Valga como feliz ejemplo de ello, por su carácter reciente y por haber aparecido en el primer número de esta revista, el texto que encabeza el monográfico «Xenografías», en el que los autores nos limitamos a refugiarnos en el adjetivo *comparatista* (o *comparatístico*, si queremos distinguirlo del sustantivo que designa al sujeto de la investigación) para diferenciarnos de lo meramente *comparativo* y sugerir así que hay algo distintivo y específico en la forma de comparar de la literatura comparada. Pues bien, Manuel González de Ávila tiene la valentía de centrarse en el método que le da nombre para explicar qué es eso que diferencia *comparatista* de *comparativo*.

El meollo de tal explicación reside en la idea de que la comparación *comparatista* oscila entre los dos polos ideales de la retórica (que aleja tanto como aproxima los objetos que pone en contacto, una comparación *diferencial* más interesada por medir la distancia entre los términos) y la científica (que rastrea elementos comunes y los expresa en forma de tipos ideales o de reglas), pero además ensaya una tercera a medio camino

entre ambas y que las sintetiza. Esta consiste en encontrar un principio común o tercer término dialéctico en los diferentes textos, el tema de la comparación, que permite leerlos en un vaivén continuo de los unos a los otros, y proporciona el patrón comparativo estándar de la disciplina en la Europa continental («el comparatismo anglosajón es otra cosa», 191). El análisis conducente a esta explicación no puede ser más certero, aunque eso no lo exime de algunas posibles objeciones de carácter menor. Primero, la separación entre comparatismo continental y anglosajón puede ser verdadera hoy en día, pero basta un examen de alguno de los estudios norteamericanos clásicos para comprender que no siempre ha sido así (de hecho, el ejemplo de este patrón estándar aducido por el autor es precisamente el de una autora de la tradición norteamericana, Nina Auerbach, cuyo *Woman and the Demon* fue publicado en 1982 por Harvard University Press); no podemos dejar de pensar que tal separación no es sino una forma de justificar la ausencia del estudio de los manuales y textos anglosajones de referencia, por lo que la objeción no resulta irrelevante del todo. Además, la comparación diferencial no sólo sirve al revisionismo y la falsación de la historia literaria comentados por el autor, sino que es también valiosísima como ejercicio crítico o hermenéutico. Finalmente, González de Ávila tampoco es del todo justo con los estudiosos que han apuntado que «la literatura comparada no es la comparación literaria» o que «comparación no es razón» (algo

básicamente cierto), ni sus razones para descartar las tres definiciones de la disciplina por su objeto son del todo convincentes, especialmente en el tercer caso: efectivamente, lo extranjero entendido como objeto de estudio puede a veces tener límites muy difusos, pero eso no quiere decir que no existan fronteras lingüísticas, nacionales y raciales claramente identificables sobre las que fundar tal noción.

Si el análisis de la comparación comparatista es de una lógica y una lucidez incontestables, aún lo es más su presentación del paradigma de la disciplina que se deduce de ella: el terreno de la comparación científica es la historia, la *ciencia comparativa*, la comparación retórica tiene una función interpretativa de los textos que es la base de la *hermenéutica comparativa*, y la teoría ofrece el necesario concurso de conceptos que proyectar sobre las obras literarias para hacerlas comprensibles. Aunque no compartimos del todo la noción de una teoría literaria previa y separada de la comparación, y pensamos que tales conceptos pueden elaborarse en el seno de la literatura comparada (de hecho posiblemente con el tercer tipo de comparación) o al menos necesitan de su colaboración para contar con una base empírica supranacional y por tanto una validación más completa (sin la cual la teoría lo sería solo de un dominio lingüístico); lo que nos parece fundamental es la forma en que el autor pone de manifiesto la triple orientación –histórica, crítica y teórica– de la literatura comparada, algo que muchos de sus cultivadores

no han sabido discernir, entendiéndola como una cuarta disciplina literaria junto a historia, crítica y teoría, en vez de como una forma específica de practicar estas, con un objeto y un método propios. De hecho, de esta inadecuada comprensión –que podríamos denominar horizontal en vez de vertical– del paradigma nacen los intentos de fagocitar la literatura comparada desde alguna de estas disciplinas que ha marcado su devenir: desde la historia en sus mismos orígenes y desde la teoría más recientemente (en nuestro país no solo a nivel epistemológico sino especialmente institucional). Y explica también el olvido de las enormes posibilidades de la crítica literaria comparatista, aquí acertadamente reivindicadas bajo el paraguas de la comparación retórica o hermenéutica (que también es diferencial, a nuestro juicio).

Con la lucidez analítica, el rigor conceptual y la precisión expositiva que son marca de todo el libro, este ensayo delimita el método y campos de actuación de la literatura comparada de forma más precisa y coherente que la mayoría de los manuales al uso, tanto franceses como anglosajones, y es un perfecto ejemplo de la valentía y el acierto del libro en su conjunto. También lo es de lo que podría antojarse como la carencia fundamental de la obra, el ser un programa de actuación con escasa actuación. No olvidemos, sin embargo, que, aunque sin ilustración o aplicación es difícil comprobar la operatividad de cualquier teoría, la función de esta segunda es en el fondo ofrecer un marco conceptual que permita y

estimule la primera. Ello es aún más cierto en el caso de una obra que tal vez pueda describirse como *meta-teórica* más que teórica, pues responde al deseo de integrar las teorías de diferentes disciplinas afinando sus instrumentos y conceptos fundamentales, si bien este deseo va acompañado de un saludable esfuerzo, visible en la mayoría de los estudios, por remontarse de lo epistemológico a lo ético, a una práctica no textual sino social o política, claramente ligado a su crítica contra el encierro de la teoría en el signo, contra lo que llama el pensamiento escolástico moderno. Si a ello unimos su brillante retórica, un manejo del lenguaje como un escalpelo que disecciona los asuntos más profundos al tiempo que sintetiza con precisión quirúrgica los debates filosóficos y científicos más complejos, y el recurso a un asombroso número de lecturas que dan fe de una vasta erudición, el resultado es un libro deslumbrante. Poco importa que la ausencia de ilustración a veces haga el nivel de abstracción casi inaccesible y derive en un cierto dogmatismo, o que su extraordinaria capacidad lingüística (de)genere en ocasiones (en) una cierta verbosidad y un gusto por los vocablos abstrusos, defectos estos agravados por un notorio desprecio por el punto y aparte, cuya mayor presencia aliviaría considerablemente la tarea del lector. Se trata de pecata minuta en un libro simplemente apabullante, de esos que tienen la virtud de enfrentarnos a nuestras carencias intelectuales y a las de nuestra institución académica. Absténganse, por ello, falsos teóricos,

comparatistas aficionados y filólogos  
recalcitrantes.

Pedro Javier Pardo García  
*Universidad de Salamanca*  
pardo@usal.es